

# ¿Dónde se metió la abuela?

Eugenia Valdez



# Índice

Comienzan mis vacaciones .....	11
La primera noche .....	17
No hay nadie en casa .....	29
La tienda de don José .....	33
La segunda noche .....	39
De vuelta a la estación de autobuses .....	45
De cuando mi aventura se fue por otros rumbos .....	51
Durmiendo con el enemigo.....	57
El final de mi viaje (o talvez no).....	65
Perdidas en medio de la nada .....	71
Carreteras inusuales .....	79
Epílogo .....	85



## Comienzan mis vacaciones

«Ahí vamos de nuevo con el sermón», pensé, desparramada en el sillón. Lo único que quería era sentarme en la acera de enfrente y platicar con Sara, mi mejor amiga. En cambio, logré que empezara la llamada de atención matutina. «¿Pero a qué hora se irán?» Me retorcí en mi lugar. Papá siguió hablando durante lo que me pareció una eternidad; y agradecí cuando mamá le tocó el hombro para que le diera a ella la palabra.

—Abuela María no ha estado sintiéndose con ganas de ir a la playa —empezó.

—Sí, hija —respondió abuela María—. Tú sabes: la arena, el calor; estas piernas que pesan... —se quejó—. Empecé a ponerme tensa; no quería imaginar hacia dónde se dirigía la conversación. Papá se sentó sobre el brazo del sillón, al lado de mamá, con una sonrisa

de oreja a oreja. Nada que me favorezca puede venir cuando se dibuja esa sonrisa en el rostro de papá.

—Hemos llegado a la conclusión de que no es justo para la abuela hacer un viaje que ella no desea, y tampoco para nosotros perdernos todo lo organizado.

12

En el fondo tenía una idea de hacia dónde iba toda aquella plática, pero me negaba a creerlo. Mamá continuó su discurso, que más parecía ya una sentencia:

—Como ya tienes quince años, decidimos que es momento de que abuela María y tú tengan unos días a solas, para... conocerse un poco más. Así que, naturalmente, serás tú quien quede a cargo de su cuidado —concluyó—. Me puse derecha inmediatamente; hasta la espalda me dolió, y en el fondo de mi ser grité: «¡¡¡Noooooooooo!!!», pero solo un resoplido logró escapar de mí.

—Pero... ¡mamá! —me levanté del sillón—. Esto no es justo; apenas soy una niña —respondí, pero no me dio tiempo de decir más.

—Pero nada, Alicia. La decisión ya está tomada. Además, ¿creías que estas dos semanas

las tenías para hacer lo que quisieras? Ciertamente, estabas muy equivocada —terminó, tan tranquila como había empezado.

Ya todas las maletas estaban en el carro, y las dos semanas que creía libres hasta hacía unos minutos acababan de desaparecer ruinosamente. Adiós a los días tirada en el sillón viendo películas y tragando toda la comida chatarra que mi mamá, amante de lo saludable, no me permitía comer tan seguido. (¡Ah!, y también estudiando para la reposición). Era la primera vez que mi familia se iba de vacaciones sin mí; había perdido el curso de Matemáticas, y no importaba cuánto me defendiera diciendo que apenas me faltaban dos puntos, papá no perdía oportunidad de reclamarme mi *pequeño error*.

—No necesito recordar la incómoda posición en la que nos has puesto —decía papá sin mirarme a los ojos, mientras se paseaba por todo el cuarto—. A nadie le agrada tener que dejar a parte de su familia mientras los demás la pasamos bien en un viaje planeado meses atrás —dijo la primera vez, hacía tres semanas—. Tú sabes, Alicia, que lo único que

pedimos es un poquito de esfuerzo. ¿Acaso te enviamos a trabajar bajo el sol? No. Que no pierdas las clases. ¿Es tan complicado?

No puedo explicarles la cantidad de veces que me tocó escuchar ese discurso en todas sus variantes y formas de expresión.

14 Mientras recordaba esto, las maletas que ya estaban listas empezaron a llenar el auto, y mi mamá se encargaba de poner a Jimena, mi hermanita, en el asiento de atrás. Podía sentir cómo el mundo sin responsabilidades se me venía abajo, y lo largas que serían estas dos semanas sin ellos. Jorge, mi hermano mayor, entró a la sala con los audífonos puestos y la música a todo volumen. Cuando vio mi cara de tormento, se los quitó, únicamente para exclamar con tono burlón:

—¡Ja! Ya te dijeron las buenas nuevas, ¿no? —Y soltó la carcajada—: Por suerte para mí, el cuarto de la playa queda totalmente libre de molestas hermanas menores; es hora del reinado absoluto de Jorge. —Detestaba cuando hablaba en tercera persona. Y se fue por donde vino. ¿Es que todos habían orquestado este macabro plan a mis espaldas?

Abuela María se limitaba a tejer tranquilamente, sentada en su sillón, mientras todos alrededor corrían, esperando no dejar nada atrás. ¡Pero me estaban dejando *a mí!* ¡Ah!, y por si fuera poco, me dejaban a la abuela. En cuestión de un segundo, el caos terminó tan pronto como había empezado, y en casa nos encontramos solas la abuela, que ahora me besaba hasta robarme el aire y dejaba su labial en mis mejillas; una hoja de instrucciones medio arrugada en mi mano izquierda, mi terrible angustia y unas insoportables ganas de una rebanada de *pizza*.

15

Me parecía increíble el rumbo que, en cuestión de segundos, había tomado mi vida. Definitivamente, estas vacaciones no iban como lo había planeado. No se le acercaban, ni siquiera un pelo.



